

ardores, vuestros melindres y vuestros amartelamientos, estais hechas unos entecos y unas espiritadas.

Un suspiro sentimental, aunque ligeramente articulado, partió en aquel momento del cuarto inmediato que formaba parte de la habitacion en que yo me encontraba; y vino á interrumpir, ó mas bien á servir de conclusion á la especie de moralidad con que acababa la rubia de terminar la pintura de sus escasas sensaciones.

—Has oido, Cayetana? gritó la impacientada morena, ¿has oido los horrores que acaba de desembuchar este marimacho de muger; este amfibio, ni carne ni pescado, espanto de la humanidad, escarnio del amor, deshonra de las faldas, y descrédito del gremio?

—Magnífico! Leonarda, prorrumpió riéndose como una loca la pelirubia: ni un diputado á Cortes, ni un Dómine de aldea lo diria mejor.

—Ven tú, embeleso de los papanatas, continuó la morena dirigiendo la voz á su compañera del otro cuarto; ven, arrullo y reclamo de los chaborros y principiantes, ven á confundir con tu pasion y tu ternura á este Belzebú con enaguas; á esta estatua del Comendador; á esta efigie de palo, ó piedra, escapada del nicho de alguna catedral.

—Pues hazme lugar, contestó una voz dulce y patética, impregnada de amor y de melancolia: tengo frio: vosotras me darcis calor.

—Ese avestruz no, que parece hija del Moncayo, replicó Leonarda.

—Pero tú, sí, que lo eres del infierno, añadió la rubia, como concluyendo la frase y antitesis principadas por la que acababa de hablar.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando salió del cuarto inmediato una jóven como de unos veinte y dos años, mas bien alta que baja, esbelta y de pocas carnes; aunque admirablemente proporcionada, á juzgar por las elegantes y tentadoras formas acusadas de una manera muy marcada por las ondulaciones de los pliegues ceñidos estrechamente á su cuerpo por solo una sábana, que la envolvía desigual y caprichosamente desde los hombros hasta poco mas abajo de las rodillas. ¡Qué muger tan linda, tan interesante! sentí en el corazon como la mordedura de una víbora al ver que tan bella criatura se me ofrecía como un tipo de depravacion. ¡Pobre angel descarriado! quién te ha sumido en esa cloaca inmunda de infamia y degradacion!...

No habia desenvoltura ni inmodestia en el semblante ni en la actitud de aquella muger. Asi medio

tapada por el sùtil é immaculado lienzo que la cubria, hubiérase creído ver á una de esas nayadas graciosas, sorprendidas por el dios de las ondas; ó á una de esas creaciones ideales, de esas figuras sublimes y apasionadas, hijas del pincel de un pintor enamorado. Sin embargo la recién venida no brillaba por el matiz de su tez : tenia poco color, y no era estremadamente blanca ; pero la ligera palidez de su rostro no parecia provenir de debilidad orgánica, ni de falta de salud y fuerzas físicas, sino mas bien de un mal moral, hundido, como la hoja de un puñal, en las profundidades del corazon. Sobre aquella frente llena de dignidad é inteligencia; entre aquellas delicadas cejas, de tinte algo mas oscuro que el color castaño de la abundante y sedosa cabellera que las acompañaba , y llenas de movilidad y espresion, se leia como un sobre-escrito fatal, como una inscripcion de angustia habitual, de abatimiento constante, y de dolorosa resignacion. Las líneas perfectas del rostro, la forma académica de la boca y de la nariz, y la espresion apasionada á un tiempo y melancólica de la mirada, hacian presentir que una risa fuerte y descompuesta no debia nunca agitar ni trastornar aquel semblante impregnado de sentimentalismo; y que solo una sonrisa dulce y patética como la de los ánge-

les podría á veces surcarle ligeramente y de paso. Fisonomías hay en oposicion constante con una alegría estrepitosa: en ellas las contorsiones inseparables de aquella risa franca que llaman de corazon, serian un contrasentido; y la carcajada un fenómeno desagradable, que engendraría mas bien disgusto que hilaridad en los que la presenciasen.

La linda jóven se aproximó á la cama con algo de aquella timidez ruborosa que la semi ó completa desnudez inspira siempre, aun entre mugeres, á la que no ha perdido todo sentimiento de pudor ó delicadeza; y la Pancha, retirando todo su robusto cuerpo al borde exterior del lecho, y dejando en el centro de este un ancho lugar entre ella y su antagonista, dijo con sorna á la recién llegada, señalándole el sitio inmediato á Leonarda:— Entra, Cayetana, cuélate entre las dos; y ya que tienes frio, arrímate á esa estufa con brazos; á ver si te calienta con el fuego que le sobra en la ornilla.

Hízolo así la interpelada, y colocada entre sus dos compañeras, no sin que en aquella maniobra dejasen de descubrirse, respectivas á diversas pertenencias, bellezas y pormenores dignos de mucho aprecio, volvió á cerrarse herméticamente el cobertor, fuertemente ajustado á los cuellos de las tres heroínas, cuyas cabezas solo se veian alineadas so-

bre la almohada, aunque algo desviada la de la moza rubia, de las otras dos. Estas, al contrario, se hallaban en estrecho contacto; y por la elevación mas ancha, y disposición particular de las ropas en aquella parte de la cama, podía conocerse que las dos mugeres estaban estrechamente unidas la una á la otra; y que á la que acababa de ser admitida en ese santuario, la tenia fuertemente abrazada la á quien se habia arrimado; bien fuese porque esta quisiera en efecto hacer entrar en calor á la que poco antes se quejaba del frio; bien fuese porque no le era posible á aquella muger vehemente hacer cosa alguna sin imprimir en ella el sello de su ardor y de su energía. Quizás tambien porque, en un temperamento tan inflamable y diabólico, el contacto de un cuerpo tan lindamente formado como el de la atractiva Cayetana fuera bastante para promover reminiscencias é ilusiones capaces de adular los deseos, y de engañar los sentidos.

Sea como quiera, cedió la recién llegada á la atracción que tan materialmente ejercía sobre ella su compañera, quien llevada siempre de la exageración que le era natural, añadió la de la palabra á la de la demostración.

Cayetana, mona mia, prorrumpió, entre festiva y satírica: no te apartes de mí; no toques, ni con

la punta del pie, á esa garrafa, á esa horehata de chufas, capaz de enfriar al mismo Satanás : te helarias, querida mia, si llegases á tropezar con su piel, mas emoliente y antiflogística, como dice el boticario de enfrente, que una cataplasma de linaza ó malvavisco. ¿Has oido las barbaridades que á borbotones se han escapado de la boca impura de esa Maritornes?

—Sigue arrullándome, respondió la Pancha, arrellenándose muy á su gusto en la parte de cama bastante ancha que le babian dejado, y volviendo la espalda á sus compañeras. Como hay Dios que me parece me va entrando de nuevo el sueño!

—Maldita! Si toda tu vida es un puro sueño; pero un sueño insulso, ramplon, descolorido, pesado é insignificante como el de un liron ó de una marmota.

—Sí, liron, marmota, murmuró Pancha casi completamente amodorrada.

—Déjala, dijo, con su voz dulce y vibrante, la niña descolorida. Dichosa ella! de ese modo, si no tiene grandes placeres, á lo menos no sufrirá amargas, crueles penas, como la que siente, como la que ama.

—Que la deje! No me dá la gana, exclamó la morena egecutando con presteza, asida de su com-

pañera, un movimiento de rotacion, cuyo resultado fue mudar de sitio con ella, y quedarse en el medio de la cama. Quiero, prosiguió aproximándose á la soñolienta y dándole tantos pellizcos y empujones, que al fin consiguió despavilarla; quiero que, asi como me ha apurado la paciencia con cosas que jamás podia imaginar salieran de boca de muger, oiga ahora, para desesperacion y confusion suya, lo que es una hembra cortada en grande, como yo; sí, como yo, llena del alma y del fuego abrasador que á tí te faltan, menguada!

La enardecida Leonarda iba á proseguir enumerando sin duda los ardores que la constituian lo que algunos llaman una muger de calidad ó *caliá*, euando advirtió que la rubia habia vuelto á sus trece, y que dormia ya como un tronco. Le dió entonces con desprecio la espalda, despues de lanzarla una mirada de desdeñosa compasion.

—Ven, le dijo la otra; deja á la pobre Pancha que comprenda y use de la vida á su modo. Mas que nunca has escitado ahora mi curiosidad. Que sientas de otra manera que nuestra compañera, ya lo comprendo; pero, segun parece, son tus gustos y sensaciones tambien de muy diferente naturaleza que las mias. Por lo que veo, por lo que te oigo, y por lo que en tí he observado, me pareces una mu-

ger singular, y poseedora de dotes, no sé si diga fatales ó apetecibles; pero ciertamente estraños y poco comunes. Dime pues, por amistad y confianza, lo que á aquella le ibas á descubrir por ira y menosprecio. En sentimientos, debes ser un tesoro ó un abismo, una divinidad ó un monstruo.

—Nada de eso: no tengo sentimientos, sino arrebatos. En mi corazon abrasado no hay amor, sino pasion; no hay ternura, sino frenesí: no amo; quiero: no acaricio; muerdo, devoro.

En el hombre lo que prefiero sobre todo es el sexo: lo que busco en el amor, es el placer: por él sacrificaría mil vidas; por un amante no daría ni una sola..... Sí, soy un monstruo, prosiguió despues de una pausa, palpitante, sollozando, y temblando con todos sus miembros: soy un monstruo: no tengo alma, no tengo mas que sangre; sangre calurienta, ardiente, que me abrasa, que me ahoga!.... No, no tengo la dulce y tierna sensibilidad de una muger; sino el instinto bruto y la violencia maquinal y salvaje de la leona encelada. Duélete, compadécete de mí, querida Cayetana!...

—Pues muger no hay que desesperarse por eso: todo ello no prueba otra cosa sino que te hallas dotada de una naturaleza rica, de una organizacion poderosa.



—Di, mas bien, de un vértigo, de una verdadera demencia.

—Vaya! sosiégate; y á manera de confesion de doncella ruborosa, cuéntame, callandito y sin esos aspavientos que me asustan, lo que eres y lo que te pase; ¿has sido siempre así?

—Si no he sido siempre así, replicó Leonarda, tranquilizándose algun tanto, tomando una actitud mas pacífica, y acercándose confidencialmente á su bella amiga, como dispuesta á acceder á lo que le pedia y á abrirle su corazon; si no he sido siempre así, prosiguió, á lo menos lo que sé de cierto es que muy poco tiempo he estado de otra manera.

Escucha: niña aún y apenas de edad de ocho años, el aspecto de todo hombre, que no fuese absolutamente decrepito, me conmovia: su proximidad encendia mi sangre, y su contacto me hacia estremecer. A los diez años los juguetes me apesataban, y solo absorvia enteramente mi atencion la contemplacion de los jóvenes. En vez de gustarme mas, como sucede á todas las niñas, los barbilampiños, tenia una predileccion pronunciada é instintiva para los rostros bien poblados de barbas. Mi precocidad en todo era estremada: mi talle se delineaba fuertemente: mi voz infantil adquiria la vibracion acentuada y espresiva, que por lo comun

no se manifiesta hasta la pubertad : el juego de mi fisonomía se llenó de pasión ; y mi mirada , sobre todo , cobró una expresión tan singular , tan decidida é impregnada de intención , que yo misma notaba su poder en los hombres que mis ojos fijaban , y en muchos de los que se hacían muy visibles su impresión y efectos ; observación que tuvo por resultado el hacerse aquella cada vez más escitante y provocativa . A los doce años la naturaleza se había enteramente desarrollado en mí : una sangre abrasada ardía en mis venas . La privilegiada educación que se me había dado , y la prudencia de mi excelente madre , que sin duda notaba con dolor y angustioso asombro los alarmantes progresos de mi tremendo temperamento , supieron rodear de tinieblas sus primeros destellos . Vanos esfuerzos ! mi entendimiento ignoraba , pero mi corazón sentía , y las gestiones de mi acalorada sangre me hacían comprender á medias un arcano que la más pequeña circunstancia bastaría para hacerme descubrir completamente . Ignorante aun de los goces del amor , pero suponiendo su existencia , buscaba mi mente inquieta cómo imaginarlos . En este estado de exaltación y de sobre-escitación incesante , se ofrecía de continuo á mis cavilaciones la imagen del hombre , como la del ángel del placer : su aspecto

dominador; sus formas nerviosas; el atrevimiento, el poder, la fuerza, la accion que caracterizan á ese sexo resuelto y emprendedor, me le hacian considerar como un tesoro de delicias para la muger, y como el obgeto constante de su culto y adoracion. Adivinaba en sus ósculos, en sus entrañables abrazos, y en la dulce energia de sus caricias, un deleite enagenador, divino, terrible, al que apenas bastaran las fuerzas vitales, y cuya sola idea me trastornaba y hacia temblar. En fin, qué te diré? entregada sin cesar de dia y de noche á este desasosiego mortal, á esta fiebre mental, á esta ansia devoradora, falta aun de obgeto conocido y determinado; en este estado, poco menos que enfermizo, un dia me escapé de casa, é introduciéndome furtivamente en la habitacion de un joven que solia visitarnos con alguna frecuencia, me arrojé en sus brazos, y palpitante, llorosa, fuera de mí, casi demente, le insté, le rogué, le supliqué que me transformara en muger.....

Aqui un hondo suspiro vino á espirar sobre los labios de la demasiado sensible Cayetana, y una lágrima asomó á cada uno de sus hermosos ojos. ¡Pobres mugeres! exclamó con tono profundamente conmovido, aunque en voz tan baja que tal vez no la oyó su compañera.

Después de una pausa, que pareció necesitar esta para calmar la agitación, que sin duda producía en ella un incalculable é indeleble recuerdo, prosiguió de esta manera:

—Aquí se me viene á la memoria el dicho original de una de nuestras amigas, cuya imaginación muy superior, según puede inferirse, á los dotes de su organización, quedó tan poco satisfecha del primer experimento, que, con la desdeñosa sonrisa propia de la mujer tristemente desengañada por una inesperada decepción, exclamó, desilusionada y algo mohína: No es más que esto? Creí que era otra cosa.....

A mí no me sucedió así. Aunque casi iniciada, por el ardor de mi sangre y por una especie de revelación intuitiva, en el misterio que en fin acababa de sondear, la realidad no me pareció inferior á la sensación ideal que de ella me había representado, y la sensibilidad intensa y estremada de mis órganos respondió completamente á las exigencias de mi imaginación. Esto acabó de perderme: un frenesí habitual, una idea fija é intransigible se apoderó de mí en aquel instante. Lo que hasta entonces no había sido más que deseo vago, se hizo necesidad imperiosa, incesante é inextinguible. No amé, no preferí, como es tan natural y como suce-

de á todas las mugeres, al hombre que me habia abierto las puertas del paraiso, que me habia iniciado en los placeres del amor: solo vi en él á un camarada servicial, que me habia descubierto un secreto comun, que desde luego me propuse explotar sin término.

Poco tardé, como puedes figurarte, en cerciorarme de que el hombre, ilimitado en sus deseos, está muy circunscrito en la capacidad de saciarlos. Este descubrimiento sonrojoso me sorprendió desagradablemente, y me inspiró algun desprecio al hombre en particular, sin disminuirse por esto en nada mi pasion por su sexo en general. Apenas iniciada en los misterios del amor, conocí al instante que, no pudiendo bastarme un solo individuo, no me habia hecho la naturaleza para amar, sino para gozar; que no debia aspirar á la elevacion sublime de la pasion, al prestigio de las dulces ilusiones del corazon, al delirio divino de las emociones del alma; ni, en una palabra, á los goces seráficos del amor platónico; ó á los mas cabales y deseables del que, participando de la naturaleza humana y de la de los ángeles, aumenta, por una recíproca reaccion, el placer de los sentidos, con los ensueños dorados de la imaginacion; y vigoriza el del alma, con la intensa fruicion que le comunica

el aguijon del deleite material. Cediendo á mi ruda naturaleza de barro, debia despedirme por siempre de las tiernas afecciones del corazon, que son la dichosa herencia de la muger sensible; y contentarme con las sensaciones groseras que estuviesen en armonia con una organizacion tan escesivamente favorecida en dones físicos, como escasa de calidades morales.

Yo habia nacido depravada: la depravacion era mi signo, mi tendencia natural é irrevocable: mi carrera estaba marcada, y no podia ser otra que la del vicio. En otras mugeres la prostitucion es un producto, bien de la educacion, bien de la necesidad, ó de la reunion de circunstancias enlazadas de un manera mas ó menos fatal. En mí era un fruto natural, era el desarrollo y el complemento de mi ente. He llegado á ser lo que soy, como, al madurar, llega la cereza á colorearse, el melon á adquirir fragancia, y el melocoton á cubrirse de delicada y olorosa pelusa: he nacido prostituta, como hay personas que nacen poetas ó artistas: en mí la prostitucion era mas que una vocacion, era una necesidad. Mi primer paso en su resbaladora pendiente fue suficiente para arrastrarme en un instante hasta lo mas hondo de su sima. Las escitaciones de un temperamento en extremo com-

bustible, al que mi precoz iniciacion acababa de encender con la intensidad de un volcan; la desproporcion inmensa que mis primeros ensayos me habian hecho descubrir entre mis insaciabiles deseos y las escasas facultades del hombre; en fin, la conviccion de que uno solo de estos pobres ángeles caidos era poco para calmar el ansia que me devoraba, me señaló imperiosamente, con la ruda é irresistible lógica de los hechos, la única carrera que convenia á mi organizacion, y el camino descarriado que debia seguir mi rebelde naturaleza. Embriagada de sensualidad, loca, frenética como una bacante, abandoné, á impulsos del desasosiego erótico que me arrebatava, la casa de mi buena madre; cediendo quizás tambien á un último esfuerzo de mi razon, que, en medio de mi delirio, me aconsejaba por momentos el no llevar el deshonor y la desesperacion al hogar paterno, haciéndolo teatro de mis desórdenes.....

¿Qué mas te diré? Me entregué á cuantos hombres me quisieron; y bien pronto la suerte, fiel sin duda á mi estrella y á mi destino, me condujo, de aventura en aventura, y de tropiezo en tropiezo, á una de esas casas en que se hace el amor á precios fijos, y en que se compra el placer por mayor ó por la menuda, á gusto y eleccion de los consumidores.

No bien me cercioré, por mis propios ojos, de que habia mugerès dedicadas por oficio á saciar los deseos de los hombres; no bien supe que el amor podia ser una mercancía, y el placer un género de licito comercio, susceptible de venderse y comprarse á precios convencionales; en fin, no bien me hice cargo de las facilidades que, para satisfacer mis inapagables deseos, me ofrecian esas sentinas de libertinage, cuando ví al cielo abierto; cuando entreví invertido para mí el paraiso de Mahoma, y realizado, á mí favor, el bello ideal de mis incesantes ensueños. Poco difícil en la eleccion; bastante tratable en cuanto á la calidad; pero intransigible respecto á la cantidad; segura por consiguiente de que cuantos hombres pudiesen aspirar á merecer este nombre tendrian infaliblemente el dón de agradarme, no dudé un momento abrazar aquella liberalísima profesion; no como vosotras lo haceis, por especulacion, para poder comer y vivir alegremente holgando (Aqui exhaló un doloroso suspiro la bella Cayetana); sino puramente como aficionada, y con el obgeto de agotar la copa de los deleites, y de hacer una estraña prueba, apurando en fin y tocando los limites de mis deseos, si estos los tenian; ó llevando hasta el último estremo las facultades de mi estraña organizacion, y muriendo antes que rendida, como,



por adagio, se dice del caballo alazan tostado, ó como sucedió á la célebre guardia en la batalla de Waterló.

—Famosa granadera! exclamó con tono festivo la niña pálida.

—Sí, bien puedes decirlo, famosa. Mejor constituida y mas fuerte que la guardia, no necesito morir ni rendirme: siempre me bato.

—Eres una heroína á tu modo: prosigue.

—Alta, bien proporcionada, bastante buena moza, poseedora de una mirada estraña, cuyo atractivo habia yo conocido, por repetidas experiencias, tenia algo de arrebatador é irresistible, y dotada de una complexion tan vigorosa y robusta, como amorosa y libidinosa, la idea de poder llegar á poseer tantos hombres como yo apeteciese, me sedujo, y obró sobre mi voluntad con una intensidad y una violencia, contra las cuales debian estrellarse los mejores propósitos, y ceder todas las reflexiones y todos los argumentos. Llena pues de fe y de vocacion ferviente, entré con paso firme, y sin volver la vista atrás, en la senda de las mugeres perdidas, renunciando á todos mis antecedentes, á todos los principios que habian procurado inculcarme, á las lisongeras esperanzas y porvenir de establecimiento, concebidas por mi familia; y, lo que

es mas, lo que es terrible y constituye el único remordimiento de que mi corazon es capaz, al amor, al cariño entrañable de mi pobre madre, que mi abandono y deshonra condujo en pocos meses al sepulcro!.....

Aqui arrojó un gemido lastimero y desgarrador la pobre prostituta; y á su decir animado, á la pintura original de sus estravios, á las joviales y burlonas calificaciones que á menudo le habian ocurrido, sucedió una esplosion mal comprimida de congojas, sollozos y ardientes suspiros. Aquel rostro sarcástico, en que se habian ido estampando sucesivamente tantas impresiones singulares, y muchas de ellas bufonas, perdió por un momento su brillo, y se estendió súbitamente sobre su faz el crespon lúgubre del desconsuelo y de la afliccion.

—Llora, pobre amiga mia, prorrumpió con compasiva ternura la sensible Cayetana: esas lágrimas te aliviarán; esos quejidos del corazon quizás llegarán á la mansion en donde descansa tu querida madre, y obtendrán tu perdon.

—Ah! lo crees así? Dios te bendiga! y esto diciendo, cogió Leonarda con frenesí, entre sus crispadas manos, la linda cabeza de su amiga, y la cubrió de besos, con ademanes tan frenéticos, que la lastimó é hizo gritar.

—Aparta, le dijo esta, desprendiéndose con dificultad de sus nervudos brazos: eres una leona: tus caricias mismas hacen mal: no son las de una mujer; son las de una fiera. Si esto haces conmigo ¿qué será con tus amantes? Pobres víctimas! los compadezco.

—Pues no seas tan compasiva, exclamó Leonarda, volviendo á su viveza habitual, y prorrumpiendo en una larga y franca carcajada, con aquella movilidad é inconstancia inaudita que formaban la base de su carácter; y que casi sin grado alguno de transición, la hacian pasar bruscamente de la tristeza á la alegría, de la meditacion á la irreflexion, del abatimiento á la esperanza, y de la mas intensa desesperacion á la plenitud del mas completo contento; muger voraz de sensaciones y de sentimientos, cuyas ideas escéntricas, cuyos pensamientos exaltados y siempre acalorados, no conocian ni se paraban mas que en los extremos. No seas tan compasiva, añadió con muy marcada intencion, haciendo dengues y muecas lúbricas: los hombres, querida mia, por poco que lo sean, se mueren por las mugeres enérgicas, por el amor furioso, por las caricias ardorosas y llenas de entusiasmo.

—Por las caricias á brazo partido, y las finezas

á coces y bocados ¿no es verdad? Pues mira; á mí no me gustan: con que hazme el favor de estarte quieta; sin dejar por esto de seguir tu relacion, que me interesa mucho; siquiera porque me da á conocer á una clase de mugeres, ó quizás, haciéndote justicia, á un tipo único, del que no tenia yo la mas minima idea.

—Amen. Pues señor, ya puedes suponer que no ejerciendo nuestra noble y generosa profesion por pura especulacion, á lo menos pecuniaria; y sí por pasion y por sincera y erguida pasion al sexo fuerte, me permitia yo escoger entre los hombres que pretendian obtener mis favores.

—Tú, escoger! pues ¿no resulta de los horrores que acabas de contarme, que todos los hombres son buenos é iguales para tí, con tal que...

—Poco á poco: aunque no muy dificil en la eleccion, hay para mí, sino bellezas, á lo menos tipos de predileccion. Nada abstracta ni metafisica en amor, me impresionan débilmente las fisonomias dulces y sentimentales, las miradas tímidas y melancólicas, y los semblantes tiernos y románticos. No concibo al hombre sin la energia, ni á la energia, sin la fuerza fisica, y sin los prepotentes signos exteriores que la denotan. Inferirás de esto, que miro con soberano desprecio á las ca-

ras lisas y relavadas, á los barbilampiños, á los hombres demasiado blancos, á las facciones muy delicadas, á las fisonomías angelicales, á las formas suaves y poco pronunciadas; en una palabra, á todo lo que no sea un indicio patente de virilidad, de fuerza, energía y poder.

—Esto es, replicó con sorna la linda Cayetana, á todo individuo que no lleve el sobre escrito correspondiente á la preciosa calidad de ser un salvaje y un bárbaro.

—Entiéndelo como quieras. En cuanto á mí, prefiero las formas bravías á las suaves, y antepongo Hércules á Adonis. Me gustan mas las gracias del primero, que las lindezas del último.

—Ya! Aquellas repetidas gracias que constituyeron la mas estupenda faena de las doce que llevó á cabo el fariseo griego.

—Justo: has adivinado: veo que estás tan fuerte como yo en eso de mitología. Somos verdaderamente unas... (¿cómo diré yo?) unas *buenas mozas* muy instruidas é ilustradas.

—Pues, hija mia: el amable Polifemo, allá en aquellos tiempos, te hubiera agradado en extremo: Sanson tampoco te hubiera parecido saco de paja: los ciclopes te hubieran formado un magnífico serrallo; y en el dia deberias irte á establecer en el

pais de los Patagones ; que son unos caballeros como hasta el techo de grandes, con brazos, piernas y todo lo demás, proporcionado.

—Adelante ! No quiero contestar como pudiera á esto , por no ofender tus castísimos oídos. Sin embargo, ya que te cuento las rarezas de mi organizacion, no quiero dejarte ignorar la mas intuitiva de ellas, como diria aquel estantigua de estudiante que, tan escaso de pruebas como abundante de argumentos, preferia la otra noche hacerte una explicacion, á presentarte una demostracion.

—Dios se lo pague ! contestó con un suspiro la sentida Cayetana. Vamos á la rareza intuitiva.

—Sí, intuitiva , pues en mí es ella una especie de don adivinatorio, que nunca me ha fallado.

—Veamos, digo.

—¿No has detenido á veces la vista en ciertos ojos que tienen una fijeza tan tenaz, y una mirada tan penetrante y profunda, tan fascinadora, tan provocativa, y al mismo tiempo tan llena de promesas, que te trastorna y confunde ; que te agita y conmueve ; que te hace palpar el corazon ; que te enciende la sangre, y te alarma de pies á cabeza ?

—Y añade , que punza al alma, que ofende, que ruboriza, que amilana y desconcierta al ánima ;

que llega en fin á ser insoportable, y obliga á bajar los ojos.

—A mí no: mi mirada, impertérrita tambien, y aguda como la punta de un puñal, se complace en ese duelo lacerante de una alma con otra alma; y se ahonda mas, cuanto mas profundiza á la del adversario. Si este sufre hasta el fin tan difícil prueba; si esta mirada se sostiene recíprocamente de una parte y otra, sin que ninguna ceje, se efectúa entonces una mutualidad íntima, una relación estrechísima de la voluntad y de los sentidos; una especie de revelacion que descubre entonces á cada cual, lo que es moral y físicamente el otro; lo que puede, lo que siente y lo que quiere. Después de esto, toda esplicacion es inútil: todo está dicho. Pues bien: el hombre dotado de esa mirada tenaz y escudriñadora; de ese efluvio magnético y poderoso, que vá á desentrañar al alma y descubrir todas sus incógnitas, es siempre completo en sus dones, y tan magnífico en realidad como en promesas. Estos son los que siempre he preferido, porque nunca me han engañado.

—¿Y has encontrado muchos así?

—No faltan; pero se necesita todo el poder de accion magnética, de que me hallo dotada, para sonarlos, y no equivocarse.

—Y bien! y por qué entonces no te contentas solo con una de esas preciosas alhajas?

—Porque no hay mina, por rica que sea, que al fin no se agote.

—Caramba con la muger! pero tú eres un monstruo.

—Asi se llama á las cosas raras; á las que dejan de ser adocenadas.

—Y cuál ha sido, para tí, el resultado de ese descubrimiento?

—El de saber una cosa mas, y de explotarla en provecho mio: el de enriquecer la fisiología con una nueva observacion casi metafisica; el de hacer coincidir á mi favor los dos aspectos diferentes que me presentaba la prostitucion, á saber: el placer y el provecho, el vicio y la especulacion; pues en fin, enteramente incomunicada con mi familia, abandonada ya y sola en el mundo, me era forzoso hacer lucrativa mi bien acondicionada vocacion. El placer solo no alimenta: puede llenar el corazon, pero no el estómago: era pues necesario hacerlo productivo: asi se unieron pues, en provecho mio, la obligacion y la devocion: fui muger pública, por aficion primero; y casi al mismo tiempo por interés tambien: hice el amor por los placeres que me daba, y por el dinero que me proporcionaba; pero nunca



le hice sin la primera condicion, ni me entregué jamás sino á los que á su favor tenian para mí el prestigio de alguna ilusion.

—Es que, segun todo lo que me vas diciendo, parece que en tí las ilusiones menudean de tal manera que no se eximirian de ellas ni los rancheros de un regimiento de croatos, ni el menos gallardo y ágil de los inválidos de Atocha.

—Puede ser: es segun.

Ya puedes considerar que insaciable de deleites, y eterna y colectivamente enamorada, no podia menos de ser una muger preciosa, una alhaja inapreciable, y muy difícil de encontrar entre las personas dedicadas á nuestro oficio. ¿Di? ¿cómo lo llamaremos mejor? oficio ó profesion?

—De todo tiene: es uno y otro, y las dos cosas á la par.

—Sí; pero la palabra oficio presenta la idea de una cosa mecánica.

—Y bien: por lo mismo es quizá la calificacion mas exacta y que mas viene al caso.

—Qué prosáica eres! La palabra profesion, al contrario, es mas noble, pues representa la idea de una cosa honrosa y elevada; como lo son, por ejemplo, las bellas artes, la poesia, el estudio, las ciencias.

Aquí las dos jóvenes prorrumpieron en descompuertas y ruidosas carcajadas.

Repuestas algun tanto de su hilaridad, contestó la mas sentimental de los dos :

—Pues bien : las artes necesitan de vocacion, de entusiasmo y pasion en quien á ellas se dedica. En cuanto al arte, muy bello sin duda, que egercemos, tú reunes todas estas condiciones : por consiguiente, para tí es una profesion ; mas, para mí, es un oficio.

—Me parece bastante bien tu conclusion ; pero no habia que suspirar por eso.

—En mí el suspiro se ha hecho una cosa habitual.

—Y en mí tambien, contestó con la mas maliciosa y sardesca sonrisa, la lúbrica Leonarda.

—Bonitos suspiros serán los tuyos, desbocada!

—Lindisimos ! riquisimos ! deliciosísimos ! suspiros palpitantes de sentimentalismo y espiritualidad ; suspiros de cuerpo y alma, de aquellos que...

—¿ Me haces el favor de no disparatar mas por ahora ?

—Corriente : volvamos al asunto. Era yo, pues, un tesoro inagotable de goces para los hombres que tienen la desgracia de verse obligados á acudir á nosotras, y á satisfacer con placeres de municion

las ansias amorosas que los devoran. En efecto, en lugar de presentar, á las frenéticas caricias y al apetito desordenado de los que comunmente solo en el último apuro recurren al deleite de venta que les ofrecemos; en vez de prestarles, de mal talante y casi siempre de pésima gana, como en general sucede con todas las mugeres públicas, un cuerpo cansado, incapaz de sensacion, un autómeta, una verdadera máquina, los brindaba yo, al contrario, con todo el fuego, con todos los extremos de la pasion, prodigándoles las punzantes delicias que solo la mutualidad y la simultaneidad de deseos y de exaltacion pueden completar. He sido buscada, pues, con ansia por toda clase de hombres; desde los mas desalmados y antropófagos, hasta los mas tiernos y melifluos; desde el gigante al pigmeo; desde el caballero de historiados blasones, hasta el hortera; desde el artista, que da conciertos, hasta el serpiente de la parroquia; desde...

—Para, muger, para: ya sabemos que en esta materia eres universal; pero dime: ¿te crees muy feliz así?

—Por ahora me parece que sí; pero mi porvenir me aterra. El ardor de mi temperamento me consume: deberá durar poco mi hermosura: mi cutis empieza á ajarse: mi tez va tomando un matiz

aplomado : á pasos agigantados se acerca el tiempo en que dejaré de ser atractiva : vuela y se aproxima el en que, arrugada y desfigurada, huirán los hombres de mí ; en que la vejez anticipada que me espera, alejará por siempre los multiplicados placeres sin los que me es imposible vivir. Dios mio! que será de mí entonces, si no se apaga al mismo tiempo que el brillo de mis ojos, el ardor que hace hervir mi sangre, y los deseos insaciables que devoran mi corazon!!!...

—La naturaleza es consecuente : tu sangre se enfriará ; tus deseos se embotarán, á medida que la edad empañe tu semblante, y trasforme tus facciones.

—Qué sé yo ! Me parece imposible que llegue nunca á calmarse el diabólico fuego que arde en mis venas. Quién fuera como tú !

—Como yo ! pobre de tí si así fuera ! los males que temes no te afligen sino en perspectiva ; mientras que los que me acosan se han realizado ya , y me hacen sufrir en la actualidad. Lo que en tí padecerá, dado caso que se realicen tus temores, será solo la sensibilidad física, material : en mí, es la del corazon, es un mal, una pena moral que envenena mi existencia, y que solo con ella puede acabar.

—Muger ! y lo dices de verás ? pobre amiga

mia! No te creía feliz; pero no me temía que fueses desgraciada.

—Oh! sí, desgraciada, muy desgraciada! y por siempre, y sin esperanza de dejar de serlo!

—Es posible! quizás no: cuéntame, cuéntame lo que te pasa y el caso en que te encuentras: podrá ser que entre las dos hallemos algún remedio á tus males.

—No, no lo hay; pero el interés que me manifiestas es suficiente motivo para que te abra mi corazón. Además, la pena que se sufre sin confiarla á nadie, es un dogal que ahoga: parece que se alivia algun tanto descubriéndola á una persona amiga, á un ser sensible, que acaricie la llaga y vierta sobre ella el bálsamo del interés y del consuelo. Pero mira que lo que tengo que contar es toda una historia, toda una novela.

—No importa. Pero ya es tarde: despertaremos á ese avestruz, para que nos vaya haciendo el almuerzo.

Y esto diciendo, alargó Leonarda su robusta pierna hácia la aletargada moza, que hasta entonces habia acompañado con sendos ronquidos el diálogo que acabamos de referir; y de una patada, la hizo caer al suelo.

—Otra vez? murmuró esta refunfuñando, y dis-

poniéndose á arrellanarse en el pavimento y á trasformarlo en cama.

—Caramba! qué mostrenca! exclamó Leonarda: si no lo remediamos, se va á dormir de nuevo, como si nada le hubiese ocurrido. Vaya! hija, ya que estás levantada, añadió agarrando desde la cama á la pelirubia por las greñas, y zamarreándola de un lado á otro hasta lograr en fin despertarla; ya que estás de pies, haznos el almuerzo: así como así, hoy te toca el rancho.

—Vaya un modo de estar de pies! Si estoy aquí debajo de la cama!

—Tanta es tu analogía con cierto mueble, que ahí es en donde siempre deberías estar; pero vamos, levántate. No tienes gana de almorzar?

—Me parece que sí. Ea! allá voy; siquiera por el modo con que pides las cosas.

Se incorporó entonces del todo la moza rubia; y sentándose en el suelo, se puso, sin examinar si eran suyas, las dos primeras medias que encontró á mano: se encajó por la cabeza unas enaguas, con igual indiferencia: se levantó del todo: se introdujo los pies, el uno en un zapato de calzador, y el otro en uno descubierto; y sin calzarlos, y llevando sueltas y arrastrando las galgas del último, se marchó al especie de zaquizamí que, en aquella

humilde habitacion, hacia las veces de cocina.

Entonces las dos mugeres que habian quedado dueñas de la cama, se arreglaron de nuevo ensanchándose en ella. La tremenda morena se acurrucó en la actitud de quien se dispone para oir á su placer una relacion interesante; y la otra, vuelta hácia ella, y elevando algun tanto la cabeza en lo mas alto de la almohada, principi6 de esta manera:

—He tenido una educacion distinguida: mis padres fueron ricos; pero arruinados por uno de esos reveses de fortuna tan frecuentes en estos últimos tiempos, y muertos en pocos meses uno y otro; mi padre, por la impresion que causó en él la pérdida de sus bienes; y mi madre, por el pesar que le ocasionó la muerte de su esposo, quedé sola, sin tener á quien volver la vista, ni mas recursos que el cortísimo que me produjo la venta de nuestro pobre ajuar. Las habilidades que yo habia adquirido, como producto de una educacion esmerada, me fueron entonces útiles para ganar honrosamente mi sustento: entré de sub-maestra en un colegio de señoritas de esta corte; y durante dos años llevé una conducta irreprochable, y obtuve el aprecio de la directora y de cuantas personas me trataban.

Hasta ahí todo iba bien; y si yo no hubiera tenido corazon, mi suerte se habria consolidado y lle-

gado á ser aventajada y envidiable. Sin embargo, disto mucho de ser, como tú, inflamable y propensa á impresionarme: ya tenia diez y ocho años, y aun no habia experimentado ningun sentimiento vehemente de predileccion hácia hombre alguno. Conocía, sí, que aquel sexo habia nacido para agradar á la muger y hacer su dicha. Mi imaginacion, aventurera, vagabunda, y fantástica como la de todas las jóvenes de mi edad, se habia formado su bello ideal, se habia individualizado de pies á cabeza su tipo; pero este aun no se habia presentado; y esperaba yo tranquilamente, sin buscarlo ni desearlo, el momento en que su encuentro, el del hombre poseedor de los dones que me fuesen simpáticos, hiciese palpar mi pecho y le infundiese una nueva vida, la vida dulce á un tiempo, y dilacerante del amor del corazon; de esa animacion súbita, deliciosa y terrible, que es el complemento mágico de la existencia. Llegó por fin ese instante decisivo, y se mostró á mis ojos el conjunto realizado de mis ensueños, el objeto físico y personificado de mi pasion mental. Era, Ah! aun es el mismo, el ídolo constante de mi corazon. Qué bello es! qué atractivo! qué interesante, con sus rasgados ojos negros, llenos de amor, de altivez é inteligencia! con su boca hechicera, que tanta gra-



cia adquiere cuando de sus divinos labios brotan juramentos de amor! con su cabellera de azabache, cuyos extremos ensortijados, de puro negro brillan como el extremo de las alas azuladas del cuervo! con esa frente dominadora, que parece haber nacido para el mando! con ese cuerpo erguido, esbelto y flexible como el de una bailarina! con ese talle de muger! con esa mano de príncipe! con el aire y manierismo graciosos y adorables que brillan en todos sus ademanes, en toda su encantadora persona!

—Muger! por Dios, modera esa descripción, capaz de alarmar á una monja recoleta; cuanto mas á mí, que ya sabes no necesito de muchos empujes para subirme á la parra.

—Era mi amante, pues lo fue desde el instante en que me miró, un joven cursante en medicina; pobre como yo de bienes, aunque rico de sentimientos y talento, y lleno de porvenir. Nos amamos al instante mismo con pasión, con frenesí. Jamás muger encontró la realidad mas positiva, mas intensa y completa de las ilusiones que se formó en los extravíos de su mente acalorada. Hallé en él todo lo que deseaba, todo lo que en la exaltación de mis pensamientos habia ideado para crear un hombre á mi modo, á mi capricho, y que fuese el

único capaz de enamorarme. Yo habia soñado un jóven bonito, lleno de gracia; de fisionomia apasionada y espresiva; de ademanes flexibles y delicados; y le habia encontrado dotado además, como me lo figuraba, de talento agudo, de indecible gracia en el habla, de ternura entrañable, de esquisita sensibilidad, de bondad estremada, y tan noble en su exterior como en sus ideas y sentimientos. Cómo no enloquecer con semejante conquista! Le amé mas que á mí misma: le entregué mi alma, mi corazon, mi persona: le consagré mi vida entera: no alenté, no existí mas que por él y para él. Ah! cuán dichosa fui!.....

—Pues qué! no lo eres ya? ha dejado de amarte? ó bien se han desvanecido tus dulces ilusiones?

—No: mas que nunca él me ama: mas que nunca yo le adoro.

—Por qué no os casais?

—Nuestros corazones lo están: lo demás importa poco para almas como la suya y la mía. Jamás me habló, jamás le dije una palabra de matrimonio; pero en su mente, en su intencion, nuestra union es indisoluble, y el acto que la justifique ante los hombres, una mera fórmula, una ceremonia que nada puede añadir á la santidad del lazo que nos liga, á la sancion sagrada é inefable de nuestros

corazones. Mañana, si quiero, se casará Eduardo conmigo; sin dar ni mas valor, ni mas importancia á este acto, que la que, para él y para mí, le ha conferido ya el dulce juramento que me ha dado su bella y seductora boca; y me conducirá al altar con la misma satisfaccion, con la misma complaciente y agasajadora bondad con que, para agrardarme, me llevaria al Circo ó á un baile de máscaras; sin dudar un momento; sin reflexionar en ello; sin que le ocurra, ni por asomo, que el matrimonio es un contrato mas grave, para un hombre de honor, que un juramento de amor, que un compromiso de sentimientos. Pero no, no me casaré: á otras les parecerá un deber esta terminacion: para mí es una obligacion sagrada el negarme á ella.

—No te entiendo.

—Pronto me comprenderás. Un año llevábamos de delicias y de dichosa union. La exactitud con que yo llenaba mis deberes de sub-maestra, el celoso esmero con que cuidaba de la enseñanza de mis pupilas, y el interés que tomaba en el bien de la casa, y en la prosperidad del establecimiento, me habian de tal manera grangeado el afecto y la confianza de la persona que le dirigia, que salia yo con frecuencia, y disfrutaba de una grande liber-

tad, que dedicaba únicamente al hombre que obtenia mi amor. Todos los dias le veia : todos los dias tenia la felicidad de oir su voz melodiosa, de sentir vibrar sobre mí su apasionada y poderosa mirada, y de ser el afortunado objeto de sus dulces caricias.

Una vez, al llegar yo al camaranchon que le servia de habitacion, dejó, contra su costumbre, de esperarme en su entrada; y una voz doliente, acostumbrada á conmover mi enamorado pecho, y á agitarlo con la emocion del placer, no llevó á él en esta ocasion mas que el terror y la angustia. Aquella cara voz, afectuosa y amorosa siempre, me llamaba con una espresion apasionada; pero su acento era tan debil y lastimero que, llena de sobresalto, me precipité temblorosa en la pequeña alcoba de donde salia. ¡Qué espectáculo! qué dolor! el adorado dueño mio yacia agitado y casi convulsivo en su lecho: su respiracion era acelerada y trabajosa; sus grandes ojos negros estaban enardecidos; sus megillas encendidas, su piel quemaba: le tomé el pulso; estaba arrebatado: los síntomas de una fiebre ardiente y terrible se manifestaban en todo su semblante. De este modo habia pasado toda la noche y la mayor parte del dia: nadie se habia acercado á él: nadie habia llamado á la puerta de ese pobre albergue: ni uno de esos

que se llaman amigos; ni uno solo de esos que dan aquellos apretones de mano tan entrañables, tan fuertes y vigorosos que hacen gritar, habia echado de menos á Eduardo, ni se habia aproximado para cerciorarse de si vivia ó moria.

No pude menos entonces de pensar que la amistad es una ficcion, un bello ideal que quizá no está en la naturaleza humana; que ella no es un sentimiento, sino una invencion del hombre, un vano simulacro, una cosa del todo facticia; ó, cuando mas, el producto frio de la rutina y del hábito. Desde aquel dia he creido que habia camaradas, compañeros que congenian mas ó menos, y se unen hasta cierto punto, por analogia ó relaciones de gustos y caracteres; pero no, que hubiera ese afecto santo, desinteresado y entrañable al que, cometiendo una figura, se da el pomposo nombre de amistad. Y en efecto, ¿qué cosa podrá ser un pretendido sentimiento que, como el de que se trata, no tiene su asiento en el corazon ni en las necesidades de nuestro ser? que nace sin la espontaneidad de la organizacion? que se alimenta sin pasion ¿que termina por un golpe de genio, por un capricho, por la mas pequeña lesion de nuestro amor propio? que se apaga y muere sin dejar cenizas en la memoria, ni dolor y vacío en el corazon? No, no hay amistad: hay solo un juego de voces; la creacion de

un vocablo insípido y sin sentido; una cosa fabulosa, de que todos hablan y en que nadie cree, como sucede con el pais del *dorado*, con el hipógrifo, con el esfinge, y con las otras mil quimeras creadas por la imaginacion para distraer el ócio, ó asustar ó divertir á los chiquillos. Pobre Eduardo mio! solo el amor acudia en tu auxilio, y esto lentamente, despues de muchas horas de padecimientos, y quizás demasiado tarde. Sin mas que darle un beso de amor y de dolor en su abrasada frente, salí desatentada y presurosa en busca de un médico, al que hice tantas instancias y tan ardorosas plegarias, que al fin obtuve que se viniera conmigo.

El facultativo halló muy grave el estado del enfermo, en el que, segun parece, se presentaba una lesion orgánica, cuya curacion seria larga, dificil; y requeria, añadió aquel, echando una ojeada escudriñadora y poco satisfecha sobre el mueblage y aspecto del cuarto, mucho gasto, y una asistencia celosa y esmerada.

—Oh! Salvadle! grité arrojándome á los pies del doctor, y besando sus rodillas! salvadle, cuidadle, como si fuera un millonario: tengo recursos, tengo dinero, ganaré mas aun, daré todo lo que tengo; me venderé, si es necesario, para que cure, para que viva.

Apenas habia pronunciado estas palabras de angustia y desesperacion, cuando Eduardo volvió con esfuerzo la cabeza hácia mí, y me dirigió mudamente una mirada de reprehension y ansiedad; una mirada cruel y dulce á un tiempo, que me hirió hasta lo mas profundo del corazon: quizás queria mas bien verme muerta que no dándole una espantosa prueba de mi amor; quizás un presentimiento fatal le hizo en aquel momento entrever la posibilidad de que se realizase un pensamiento, al que, en el fervor de mi súplica, estaba yo sin duda muy distante de dar el sentido horriblemente vulgar que podia llegar á tener.

A pesar de la impenetrable armadura con que nuestro deplorable orden social ha preservado el corazon del médico, no pudo el que yo suplicaba asi persistir en su impassibilidad oficial: me miró un instante el doctor, con aquella ojeada práctica, acostumbrada á sondar, no menos las impresiones físicas, que las del alma, y obligándome despues cariñosamente á levantarme: bien, me dijo: auxiliemos á la naturaleza; usted, con todos los sacrificios de un noble amor; yo, con algun resto de entraña de que aun no he podido desprenderme, y sobre todo, con el amor de la ciencia; pero no hay que perder instante. Entonces se arrimó el facultativo

á una mesita en la que habia algunos libros y un tintero, y escribió despacio y deteniéndose muchas veces, una receta bastante larga: en seguida me encargó que buscase sin pérdida de tiempo, y me esplicó largamente, pero sin repetirse una sola vez, los remedios que habian de hacerse, y los cuidados y método que debian seguirse con el enfermo. Aquel hombre conocia con admirable sagacidad que cada una de sus palabras se grabaria en mi mente como si se esculpiese en una lápida; que nada olvidaria, que nada trabucaria; y ciertamente no se equivocaba.

Yo no podia á un tiempo cuidar de mi amante, y seguir desempeñando en el colegio mi cargo de sub-maestra: me era forzoso abandonar uno ú otro: optar entre el amor y la especulacion; entre el deber de la naturaleza y el de la sociedad. En la posicion particular en que yo me encontraba, era preciso además tener el alma bastante fuerte y elevada para formar la resolucion de despreciar las preocupaciones que persiguen con su infamante baldon á las mugeres que no tienen en cuenta las exigencias de la opinion. Impotente para hacerme superior á ella, era preciso, en una palabra, ofrecerme en holocausto en sus aras; dejar de ser para todo el mundo, y aun tal vez tambien para mi



amante mismo, lo que se llama una muger honrada; perder la corona de azucenas con que el vulgo necio, con razon ó sin ella, adorna la frente de las que han sabido mantener inmaculada, ó á lo menos sin manchas visibles, su túnica virginal; é imprimir sobre mi reputacion, hasta entonces intacta, el dictado corrosivo é indeleble de muger amancebada, título ominoso que caracteriza al primer grado de la prostitucion. Para mi alma noble y sensible, dotada de la altivez, no del orgullo, sino del corazon, no podia ser dudosa la eleccion: no titubeé, no vacilé un instante. Aquella tarde misma me despedí de la directora del colegio, sin que pudiera conmovirme en mi designio, ni sus ruegos, ni sus reflexiones; y fui á instalarme en el cuarto de Eduardo; constituyéndome su enfermera, su hermana, su madre, su custodio, su angel tutelar, su providencia. Qué cuidados no le prodigué! los del amor verdadero, del amor entrañable, elevado, sublime, que no menoscaba ni la miseria vulgar, ni el innoble séquito de un lecho de dolor; que resiste, firme y constante, á las desilusiones de la enfermedad, y se presta santamente á los servicios mas desagradables y repugnantes.

Yo poseia algunos ahorros; mas previendo que los agotaria en breve los gastos extraordinarios

causados por la grave dolencia de Eduardo, busqué costura, y por algun tiempo, trabajando de día y de noche, en los ratos perdidos que me dejaba el cuidado de mi adorado enfermo, pude hacer frente al dispendio proporcionalmente enorme, que gravitaba sobre mí.

Eduardo no curaba radicalmente; pero viéndolo aliviado, me lisongeaba de que se restablecería del todo, antes de que se nos acabasen los recursos, cuando un día, al salir el médico de la estancia del enfermo, despues de haberle estado examinando largo rato con semblante meditabundo y poco satisfecho, se paró en la puerta de nuestra pobre habitacion, y tomándome afectuosamente la mano, y con voz grave y conmovida, me dijo: Pobre niña! hemos llegado al momento crítico que yo me temia. Mi saber, mi esperiencia, los cuidados angelicales de usted, hasta la naturaleza fuerte y poderosa del enfermo han sido insuficientes para atajar los progresos de un mal terrible, que en vano me lisongéé de destruir en su origen, sin acudir al tremendo remedio, que ahora es el único que le puede salvar.

—Dios mio! Dios mio! articulé con voz sorda y ahogada, estremecida con el horrible exordio del facultativo; agitada, esforzándome en comprimir el movimiento convulsivo que se iba apoderando de

mí, y temiendo, mas que á la muerte, el que un grito escapado de mi temblorosa boca introdugese la alarma y el espanto en el alma de Eduardo.

—Haga usted por calmarse, prosiguió el médico: el remedio es eficaz, y su efecto casi seguro en una persona tan bien constituida como su amigo de usted; pero es terrible: se trata de una operacion difícil, y en extremo fuerte y dolorosa.

Respiré! las últimas palabras que acababa de oír, bien que punzantes y erizadas de espinas, me hicieron concebir una esperanza á la que se asió con fervor y ansiedad mi pobre corazon.— Eduardo tiene valor y resolucion, dije: me ama; no querrá morir: se resignará á que se le haga la operacion. El facultativo se sonrió tristemente: no es esto todo, replicó: una grande dificultad hay que vencer: soy ya viejo, y hace tiempo que he dejado de operar. En el caso presente se necesita de manos muy hábiles y seguras. ¿Y usted sabe, pobre jóven, con cuánto dinero hay que pagarlas? ¿qué recursos, qué medios tendrá usted para procurarse la suma enorme que exige el caso en que nos encontramos?—Yo rogaré, le repliqué, yo suplicaré de rodillas al hombre que tenga en su mano la vida de Eduardo: no será tan insensible, que me la niegue.—Ilusiones de niña!

esperanzas de muger enamorada! contestó el experimentado y desengañado facultativo. No todos son tan compasivos como yo; y además, bien mirado, no pueden serlo. Una pésima organizacion social ha hecho que el médico ejerza su profesion á precio fijo, y cual oficio que, como otro cualquiera, ha de producir sus beneficios, y le ha de dar de comer y lo necesario para atender á sus obligaciones: esto no se consigue curando de valde, y prodigando magnánimamente, por el amor de Dios ó de sus semejantes, un saber, una ciencia y una habilidad que solo á fuerza de tiempo, de estudios y de grandes dispendios han podido adquirirse. Portarse de este modo sería obrar como, cuando le da la gana, obra la Providencia; ó como, si fueran filantrópicos y cumplieran su mision, deberian hacerlo los gobiernos. Los médicos lo entendemos de otro modo: visitamos, si nos pagan: operamos, si hay dinero; y sino, no.—Cuánto se necesita? pregunté azorada como si tuviese un puñal al pecho, como si escuchase las campanadas de mi propia agonía.—Nada menos que doce onzas.—Pero por una mano hábil, segura?—Sí: puede casi responderse del éxito.—¿Cuándo debe hacerse la operacion?—Dentro de cinco ó seis dias, lo mas tarde.—Elija usted el facultativo

que ha de hacerla.—Uno, no hay más que uno; pero mire usted que es hombre que no transige.—Yo le pagaré.—En un salón amueblado con opulencia, no exigiria ni esa palabra; pero en esta miserable guardilla no le satisfará una mera promesa. El rico puede pagar un año despues: al pobre es preciso ahogarlo: es necesario que pague antes. Con el equipage que tenemos á la vista, estoy por decirle á usted que no le bastará tener anticipado el pago en buenas monedas de oro, si al mismo tiempo no tiene usted la precaucion de acompañarlas con el pesito destinado á comprabar su ley y valor. ¿Quién ha de creer, aunque lo vea con sus propios ojos, que onzas verdaderas han de tener la rareza de dejarse llevar á una buhardilla?—Pues se llevarán.—Pero...—No hay pero que valga: traiga usted dentro de cinco días al que haya de operar á Eduardo: á este le preparará usted entretanto: lo demás corre por mi cuenta.

Se fué el doctor; y yo, dominada por un pensamiento fijo, horrible y concentrado en lo más hondo de mi corazón, me entré en el cuarto de Eduardo y me senté cerca de su cama.—Qué hay, me preguntó con algún recelo: opina mal el doctor? Estoy peor? dime todo; ya sabes que no soy cobarde.—Amor mio, le contesté besándole a fec-

tuosamente la mano, necesitarás de tu valor, no para morir, sino para sufrir; pero curarás sin duda alguna; y mas hermoso y con mas salud que nunca, vivirás para ser mi delirio, mi única dicha.— Pero qué quieres decir? prorrumpió con mas ternura que sobresalto, clavando en los míos sus divinos ojos, llenos de amor y de espresiva y dulce melancolía.— Los remedios que hasta ahora se te han hecho son solo paliativos: no alcanzan á curarte radicalmente, como lo esperaba el doctor: es necesario hacerte una operacion.— Ah diantre! contestó Eduardo, entre abispado y festivo: ya me lo temia yo; y desgraciadamente tengo ya bastante inteligencia en el arte para saber que la operacion en cuestion no es un grano de anís, y que valdria mucho mas darte mil besos seguidos, que no sufrirla.— Muchas gracias, por la comparacion, contesté con tono ligero, devorando mi profundo pesar.— No te enfades, replicó con su acostumbrada gracia: me darás uno solo, bien largo, bien amartelado, que neutralizará y apagará con sus delicias la atroz sensacion del dolor: me tendrás entre tus hermosos brazos ¿podré sufrir entre tanto? podré ser sensible á otra impresion que á la del placer de tenerte abrazada?..... Un coloquio lleno de amor y de pasion terminó felizmente la declaracion que tanto temia

yo hacer á Eduardo, en el estado en que se hallaba; y le fué adormeciendo en dulces ilusiones, como á un ángel, como á un niño; sin que preguntase, sin que inquiriese ni quién, ni cuándo ni con qué recursos contaba yo para que se le hiciese la tremenda operacion; feliz de conservar mi mano en la suya, y sin curarse en manera alguna del porvenir.

Yo, al contrario, quedé cruelmente desvelada al lado de su cama: la cabeza se me ardia: mi corazón, todo mi ser palpitaba: los oídos me zumbaban, y sentía latir mis arterias con la violencia y la conmocion de un golpe eléctrico. Pobre muger! sola sobre la tierra! sin amparo alguno; sin protector; ignorada, inapercibida, sin esperanza; sin otro recurso, para salir de una situacion apremiante é inexorable, que para mí era la alternativa intransigible de la vida ó de la muerte, cifrada sin remedio en la salvacion ó la pérdida de mi único bien; sin otro recurso, repito, que uno solo, horrible y desesperado, que en el momento de terrible agonía causada por la revelacion del desapiadado doctor, se habia presentado á mi imaginacion como una vision terrífica, como uno de esos pensamientos abominables que escapados del infierno, iluminan á veces con espantoso fulgor, y se ofrecen, ten-

tadores y descarados, á las almas mas tiernas, sensibles y timoratas. Tales se muestran sin duda las sugerencias del crimen, sus tenebrosas combinaciones, y la atroz lógica de su perpetracion y resultados.

Yo me hallaba en la flor de mi juventud; y si no era precisamente lo que se llama una buena moza, no habia duda en que se me tenía entonces por una muger muy atractiva é interesante: repetidas pruebas tenia de esto. Muchos hombres, y algunos de ellos muy encopetados, me habian importunado con manifestaciones mas ó menos sinceras; pero impregnadas todas de pasion, ó cuando menos de deseos vehementes, demasiado reiterados en unas mismas personas, para no indicar siquiera un capricho tenaz y fuertemente arraigado. La muger mas modesta y recatada, (y entonces era yo una y otra cosa) no puede menos de conocer y apreciar en su justo valor todas esas demostraciones que, si no constituyen precisamente el amor, segun la poesia del corazon, caracterizan, de una manera muy marcada y significativa, el prosaismo de los sentidos.

Casi sin quererlo habia reparado en tres ó cuatro sugetos que rodando desatentados en la esfera á que podia estenderse la accion de mis pocos



atractivos, no sabian dejarme, una vez que habian llegado á encontrarme ó á columbrarme á lo léjos; y me perseguian de muerte hasta que, de mi parte, una mirada desdeñosa ó un ademan airado ó despreciativo los obligára á abandonar mis huellas. Mil proposiciones se me habian hecho. Muchas de esas mugeres diabólicas, desecho infame de la prostitucion, me habian buscado, ofreciéndome, en nombre de mis mas habituales perseguidores, sumas bastante considerables, si yo me avenia á acceder á sus deseos: algunos de ellos, mas encaprichados ó mas fuertemente prendados, proponian además ponerme casa y mantenerme con lujo; esto es, alquilarme por un tiempo mas ó menos dilatado. Todos estos concurrentes que, importunándome sin cesar, se encarecian unos á otros, cual si se tratára de una venta ó adjudicacion al mejor postor; todas esas corredoras de libertinage, que de continuo me habian acosado, se me presentaron y pasaron velozmente delante de mi vista durante la última parte de mi conversacion con el doctor. Esta vision tuvo algo de satánico: al mismo tiempo que aquel me iba oponiendo, por dificultad insuperable, la suma en que valuaba la salvacion de Eduardo, veia yo pasar y moverse con burlona y sarcástica algazara mis amantes de calles, agitando ante mis

ojos, y haciendo sonar sus elegantes bolsillos: veia á sus odiosas terceras, prorrumpir, torpes y desco-eadas, en mudas y satíricas risotadas. Mi vista seguia ansiosa y escudriñadora aquellos bolsillos mas ó menos repletos, y los guiños y señales de inteligencia que me hacian aquellas mugeres ajadas y desaliñadas.

Dejándome el sueño de Eduardo con la necesaria libertad para desembrollar el caos de ideas que me abrumaba, llamé al orden á todos aquellos fantásticos personajes; y no ya como juguete de un vértigo, sino con la meditacion reflexiva de quien se halla obligado á optar entre una cruel y solemne alternativa, me ocupé con toda serenidad, del terrible pensamiento de venderme infamemente para salvar la vida preciosa de mi amante. Mi resolucion, antes algo vacilante, se fijó al momento. Ningun recurso tenia sobre la tierra; ningun medio para salir de la posicion en que me encontraba, y que, terminante y sin efugio, se contenia entre estos dos estremos fatales: ó que muriese Eduardo, ó que yo me sacrificase por él; sacrificio inmenso, horrible, pues, mancillada por un tráfico infame, debia renunciar por siempre á unir mi suerte á la del hombre que yo amaba; á no ser que mi noble corazon pudiese abrigar el abyecto pensamiento de